

NO A LA GUERRA

Hace apenas un mes, desde este mismo espacio, nuestro grupo de **Cristianos de Base** compartía su preocupación por los primeros compases de la ofensiva contra Irán. Hoy, el tiempo —ese juez implacable— nos obliga a regresar a estas páginas, no para decir “lo advertimos”, sino para clamar con una fuerza renovada y dolorosa: **¡No a la guerra!**

Lo que entonces era una “escalada sin precedentes” se ha convertido hoy en una espiral de fuego que parece haber perdido cualquier asidero de racionalidad. El desarrollo del conflicto en las últimas semanas nos sitúa en un umbral de peligro que ya no sólo amenaza el orden geopolítico, sino la propia supervivencia de la esperanza en la región.

El escenario que hoy contemplamos ha mutado hacia formas aún más alarmantes:

La Regionalización Total: Ya no hablamos de ataques localizados. La entrada de milicias transnacionales y la presión sobre las fronteras de Líbano, Jordania y Siria están creando un cinturón de fuego que desborda cualquier intento de contención diplomática.

La Deshumanización Tecnológica: El uso masivo de inteligencia artificial para la selección de objetivos y la frialdad de los ataques con drones han convertido la guerra en un algoritmo estadístico donde el rostro de la víctima desaparece bajo el peso de la “eficacia militar”.

El Colapso de la Ayuda: Los corredores humanitarios son hoy espejismos. La parálisis del comercio en el Estrecho de Ormuz no sólo afecta al petróleo, sino que está bloqueando el flujo de suministros médicos y alimentos básicos, condenando a la población civil a una doble muerte: por el impacto de los misiles o por el hambre.

No podemos llamarnos a engaño. La continuación de este conflicto está forzando a otras potencias nucleares a abandonar su ambigüedad. Cada día que pasa sin un alto el fuego es un día que nos acerca a un enfrentamiento directo entre bloques, donde el tablero ya no será sólo Oriente Medio, sino el mundo entero.

La economía global, ya herida, muestra signos de un agotamiento que pagarán, como siempre, los más pobres. El aumento del gasto militar en detrimento de las políticas sociales es la otra cara de esta guerra: se fabrican bombas mientras se desmantelan servicios que sostienen la vida.

Nuestra opción debe ser la paz radical. Como seguidores de Jesús de Nazaret, nuestro compromiso no es con las banderas, sino con las personas. No hay “daños colaterales” que justifiquen el mantenimiento de este estatus bélico.

“La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad, una rendición vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal”.

Reiteramos que la diplomacia no es un signo de debilidad, sino de suprema inteligencia humana. La paz no es simplemente la ausencia de bombardeos, sino la presencia de la justicia. Por eso, postulamos:

Un cese inmediato de las hostilidades y de la exportación de armamento a la zona. La apertura de vías de diálogo que incluyan a todos los actores involucrados, sin exclusiones previas.

La priorización de la vida humana sobre cualquier interés estratégico o control de recursos energéticos.

No podemos callar mientras el estruendo de la guerra intenta silenciar el llanto de los inocentes. Frente a la lógica de la destrucción, elegimos la lógica del abrazo y la reconciliación.



El escándalo de Müller: fe arrodillada ante Trump



Resulta profundamente inquietante —y para muchos creyentes, sencillamente doloroso— contemplar cómo ciertas voces relevantes dentro de la Iglesia han decidido cruzar una línea que nunca debió siquiera rozarse: la de subordinar el mensaje del Evangelio a intereses políticos marcados por la confrontación, el nacionalismo excluyente y la lógica del poder. No es una exageración ni un juicio apresurado. Es la consecuencia directa de gestos que, por pequeños que pretendan parecer, tienen una enorme carga simbólica.

El caso del cardenal Gerhard Ludwig Müller no puede despacharse como una anécdota menor. Su participación, aunque sea mediante un mensaje en vídeo, en un evento organizado por un grupo abiertamente alineado con Donald Trump no es un gesto inocente ni protocolario. **Es, en esencia, una toma de posición. Y una posición profundamente problemática.** Porque no se trata solo de enviar un saludo: se trata de legitimar un entorno, un discurso y una forma de entender el mundo que chocan frontalmente con el núcleo del cristianismo.

Y es precisamente ese entorno el que conviene observar sin ingenuidad. Un espacio donde se normaliza que un líder político hable de países soberanos como si fueran fincas en venta. Donde se puede afirmar, sin rubor, que Groenlandia “es mía” o que se tomará “por las buenas o por las malas”, como si el derecho internacional fuese un simple obstáculo administrativo. Donde Cuba deja de ser una nación con dignidad propia para convertirse en un objeto susceptible de “apropiación”, como quien negocia un activo inmobiliario. **Una retórica de propietario, más bien de matón de bajos fondos y no de un estadista representante de un país que se quiere poner como modelo de democracia derechos.**

El mensaje de Jesús de Nazaret no deja lugar a ambigüedades: bienaventurados los pobres, los pacificadores, los perseguidos. No los poderosos, no los arrogantes, no quienes hacen del lenguaje de la amenaza una herramienta política. Sin embargo, el universo ideológico en el que se inscribe este evento se caracteriza precisamente, por lo contrario: una retórica agresiva, una visión del mundo basada en la confrontación constante y una preocupante banalización de la fuerza.

¿Cómo puede un cardenal prestar su voz, aunque sea indirectamente, a un entorno que normaliza el desprecio por el otro y convierte la fe en un instrumento político? La pregunta no es retórica, es urgente. Porque lo que está en juego aquí no es solo una cuestión de afinidades personales, sino la credibilidad misma de la Iglesia.

El problema es también profundamente teológico. Cuando se presenta a un líder político como instrumento providencial, cuando se le reviste de símbolos religiosos o se le sitúa en una narrativa casi salvífica, se está cruzando una línea peligrosa. **Eso no es cristianismo. Eso es idolatría.** El Evangelio no necesita líderes fuertes ni figuras mesiánicas de corte nacionalista. No necesita salvadores políticos. Su fuerza reside precisamente en lo contrario: en la humildad, en la entrega, en el y en el servicio.

Y, sin embargo, el entorno que se legitima con este tipo de gestos promueve una lógica completamente opuesta: la del “nosotros contra ellos”, la del enemigo interno y externo, la de la fe convertida en bandera identitaria. Una fe que deja de ser universal para convertirse en arma ideológica. Una fe que, paradójicamente, parece sentirse cómoda al lado de

discursos donde se amenaza con imponer la voluntad propia —“harán lo que yo diga o ya saben lo que les pasará”— como si la política internacional fuese una extensión de un patio de colegio dominado por el más fuerte.

Hay, además, un elemento que agrava todavía más la situación: el silencio. Porque participar en un evento de estas características no es solo hablar; es también callar. **Callar ante políticas y discursos que han sido ampliamente cuestionados por su dureza, por su falta de humanidad y por su desprecio hacia los más vulnerables.** Callar, en este contexto, no es neutralidad: es complicidad.

No basta con enviar un mensaje espiritual si el escenario en el que se inserta está cargado de implicaciones políticas y éticas tan graves. La fe no puede presentarse como un barniz piadoso que cubre realidades incómodas. No puede ser utilizada para suavizar discursos que, en esencia, contradicen el Evangelio. No puede servir de acompañamiento decorativo a una visión del mundo en la que los países se “compran”, se “toman” o se “disciplinan”.

Porque la contradicción es evidente. **Cristo no construyó muros, no habló de apropiarse de tierras ajenas, no utilizó el miedo como herramienta de cohesión.** Al contrario: rompió barreras, acogió al extranjero, denunció a los poderosos y puso en el centro a quienes no contaban. Vincular, aunque sea simbólicamente, el mensaje cristiano con proyectos políticos que caminan en dirección opuesta no es solo incoherente: es profundamente desorientador para los fieles.

Este tipo de gestos no afectan únicamente a quien los protagoniza. Dañan a toda la Iglesia. En un momento histórico en el que la institución necesita ser espacio de encuentro, de diálogo y de reconciliación, decisiones como esta alimentan la polarización, refuerzan la desconfianza y erosionan su credibilidad. Porque cuando un cardenal parece cómodo en un entorno donde se habla como un “jefe de banda” —por utilizar una expresión que ya circula en ámbitos diplomáticos—, el problema deja de ser personal para convertirse en eclesial.

La Iglesia no puede convertirse en un actor político más, ni en una herramienta al servicio de ideologías concretas. Cuando lo hace, deja de ser signo de unidad para convertirse en factor de división. Y eso es algo que muchos creyentes ya no están dispuestos a aceptar.

Frente a esta deriva, la reacción no puede ser el silencio. Pero tampoco el odio. Debe ser la fidelidad al Evangelio. Porque los cristianos —la inmensa mayoría— no quieren una fe subordinada al poder, ni líderes religiosos que legitimen discursos de confrontación, ni alianzas que traicionen el mensaje de Jesús.

Queremos una Iglesia que sea testigo de paz, no cómplice de la agresividad. Que denuncie la injusticia, no que la esquive. Que acompañe a los débiles, no que busque la cercanía de los poderosos. Esa es la exigencia. Y también la esperanza.

El cardenal Müller, como figura pública, no puede ignorar el peso de sus actos. Cada gesto construye un relato, envía un mensaje, marca una dirección. Y en este caso, el mensaje es inquietante: el de una fe que se deja seducir por el poder y que corre el riesgo de olvidar su propia esencia.

No todo vale en nombre de la tradición. No todo se puede justificar apelando a la identidad. Hay límites. Y esos límites los marca el Evangelio, no la estrategia política del momento.

La historia de la Iglesia está llena de momentos en los que tuvo que elegir entre el poder y la fidelidad. No siempre eligió bien. Y cada error dejó heridas profundas. Hoy, una vez más, se plantea esa elección.

Entre el Evangelio y el poder, no hay equilibrio posible: hay que elegir. Y esa elección definirá no solo el presente, sino el futuro moral de la Iglesia.

José Carlos Enríquez

Cuba al límite: cuando el bloqueo apaga hospitales y el Evangelio obliga a no callar



Cuba atraviesa uno de los momentos más críticos de su historia reciente, y ya no es posible describir la situación con eufemismos diplomáticos ni con la distancia fría de los análisis geopolíticos. A una crisis socioeconómica prolongada se ha sumado, desde finales de enero de 2026, un nuevo golpe de enorme impacto humanitario: el bloqueo del suministro de combustible impulsado por Estados Unidos, una medida que tiene consecuencias directas, visibles y devastadoras sobre la vida cotidiana de millones de personas. Aquí no hablamos de estrategias ni de equilibrios internacionales: hablamos de hospitales que se apagan, de incubadoras que dejan de funcionar y de vidas que entran en riesgo inmediato.

El 19 de febrero de 2026, el Consejo Mundial de Iglesias y la ACT Alianza hicieron pública una declaración inequívoca en la que expresan su profunda preocupación por el impacto humanitario del bloqueo de combustible impuesto a Cuba mediante una Orden Ejecutiva firmada el 29 de enero de 2026 por el presidente estadounidense Donald Trump. La Orden declara una supuesta “emergencia nacional” y autoriza aranceles punitivos a cualquier país que suministre petróleo a Cuba, directa o indirectamente, con el objetivo real de cerrar toda vía de abastecimiento energético a la Isla.

Cuba depende de ese combustible importado para la generación de electricidad, el funcionamiento de hospitales, el suministro de agua potable, el transporte público y la producción y distribución de alimentos. Cuando el combustible falta, el país se paraliza, y quienes pagan el precio no son los dirigentes políticos, sino la población entera, con especial crudeza los niños, los enfermos, los ancianos y las familias más empobrecidas.

Las consecuencias humanas ya no son una advertencia futura: son una realidad diaria. En hospitales de todo el país se registran apagones prolongados que obligan a suspender cirugías, a racionar cuidados intensivos y a limitar servicios esenciales. Incubadoras neonatales dejan de funcionar, poniendo en riesgo la vida de recién nacidos. La electricidad, que debería ser incuestionable en cualquier sistema sanitario, se convierte en un bien intermitente incluso en los espacios donde no puede fallar nunca.

A esta situación se suma la escasez extrema de recursos médicos. Medicamentos básicos no llegan o llegan en cantidades mínimas, y se multiplican las denuncias sobre tráfico y reventa ilegal de fármacos, una economía de supervivencia que surge cuando el sistema formal colapsa. La salud deja de ser un derecho garantizado y pasa a depender del azar, de los contactos o del dinero, profundizando la desigualdad y el sufrimiento silencioso. Castigar a un pueblo a través de su sistema de salud no es presión política: es violencia estructural.

El bloqueo de combustible impacta igualmente en el acceso al agua potable, ya que los sistemas de bombeo dependen de energía constante, y pone en riesgo la higiene y la salud pública. El transporte público se reduce drásticamente, dificultando el acceso al trabajo, a la educación y a los propios centros sanitarios. La producción agrícola y la distribución de alimentos se ven seriamente afectadas, agravando la escasez y disparando los precios en un contexto donde los salarios ya no cubren lo básico. El hambre reaparece como amenaza real, no por incapacidad productiva, sino por asfixia energética deliberada.

La declaración de las organizaciones eclesiales es clara y sin matices: “No se puede justificar un castigo colectivo de tal naturaleza existencial sobre todo el pueblo cubano.” Además, esta forma extrema de coerción económica carece de autorización del Consejo de Seguridad y resulta incompatible con el derecho internacional y con los principios fundacionales de las Naciones Unidas. No se sanciona a un gobierno: se castiga a una sociedad entera.

Incluso antes de esta nueva Orden Ejecutiva, Cuba ya atravesaba una crisis socioeconómica profunda, fruto de décadas de embargo financiero y comercial, agravada por fenómenos meteorológicos cada vez más extremos. La nueva medida no responde a una amenaza real, sino que busca deliberadamente intensificar el sufrimiento, de manera indiscriminada y cruel. No es un efecto colateral: es el objetivo.

En este contexto, la preocupación comienza a traducirse en posicionamientos políticos claros fuera de la Isla. Un grupo de 35 miembros del Parlamento Europeo, pertenecientes a diferentes grupos políticos, dirigió una carta a la Alta Representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Kaja Kallas, expresando su alarma por el recrudecimiento de las medidas del Gobierno de Estados Unidos contra Cuba.

Según informó Cubaminrex, los eurodiputados subrayaron que en el actual contexto internacional es fundamental que la Unión Europea actúe en defensa del Derecho Internacional, la libertad de comercio y el respeto a la soberanía de los Estados. Alertaron también sobre las consecuencias humanitarias y económicas de estas medidas para el pueblo cubano y sobre sus efectos extraterritoriales, que amenazan a operadores económicos europeos por comerciar legítimamente con un tercer país. El bloqueo no solo asfixia a Cuba: desafía abiertamente la soberanía europea.

El documento señala que las acciones destinadas a obstaculizar el suministro de combustible agravan la ya compleja situación económica y social del país y contradicen el espíritu y la letra de la Carta de las Naciones Unidas. Por ello, los firmantes instaron a las instituciones europeas a adoptar iniciativas concretas y coherentes que protejan los intereses de la Unión y reafirmen un modelo de relaciones internacionales basado en el respeto mutuo y la cooperación, frente a la lógica de la amenaza y el castigo colectivo.

En ese mismo sentido, la Embajada de la República de Cuba ante el Reino de Bélgica y la Unión Europea agradeció públicamente el gesto de los eurodiputados, en un contexto especialmente difícil, destacando su solidaridad y compromiso. No es un gesto menor: es la constatación de que aún existen voces que se niegan a normalizar la asfixia de un pueblo.

Pero más allá de comunicados y cartas oficiales, la pregunta de fondo es moral. Desde una perspectiva evangélica, no hay ambigüedad posible. “Tuve hambre y no me disteis de comer; estuve enfermo y no me visitasteis” (Mt 25,42-43). Bloquear el combustible que mantiene en funcionamiento hospitales, sistemas de agua y cadenas alimentarias es, en términos cristianos, pasar de largo ante el herido del camino. No es neutralidad política: es tomar partido contra la vida.

Jesús no preguntó por la ideología del samaritano ni por la estrategia del Imperio. Se detuvo, curó y cargó con el herido. El bloqueo, en cambio, empuja a los más frágiles al borde del camino y les retira los medios para sobrevivir. Cuando una política produce sufrimiento masivo, previsible y prolongado, deja de ser una opción legítima y se convierte en pecado estructural.

En ese sentido, es imprescindible decirlo con claridad: esto no es una expresión de presión ni de diplomacia, sino un castigo colectivo; no es una defensa de la libertad, sino una asfixia planificada; no es una política exterior legítima, sino una forma de violencia ejercida a distancia, cuyas consecuencias recaen directamente sobre la población civil.

Hoy Cuba está al límite. Y lo que está en juego no es una disputa ideológica ni un pulso geopolítico, sino la vida concreta de millones de personas. Niños, enfermos, ancianos y familias enteras están pagando con oscuridad, enfermedad y hambre decisiones tomadas lejos de su realidad cotidiana. La comunidad internacional —y especialmente Europa— debe decidir si será cómplice por silencio o responsable por acción, porque callar ante una injusticia que mata lentamente también es una forma de participación, y el Evangelio no absuelve a quien mira y pasa de largo.

Desde la justicia social, lo que hoy sufre Cuba no puede seguir presentándose como un daño colateral, sino como el resultado consciente de una política que utiliza el sufrimiento humano como herramienta de presión. Obstaculizar el acceso al combustible sabiendo que ello apagará hospitales, dejará sin agua a comunidades enteras y encarecerá los alimentos no es una decisión técnica: es una decisión ética, y como tal tiene responsables.

La doctrina social de la Iglesia es clara: no hay legitimidad posible cuando se sacrifica la dignidad de los pobres, ni puede invocarse el derecho mientras se vacía de justicia. El bloqueo no es solo una medida económica, es una estructura de injusticia que golpea a los más vulnerables y niega en la práctica el destino universal de los bienes.

Aquí también hay silencios culpables. Responsabilidad de quienes endurecen estas políticas con pleno conocimiento de sus consecuencias, y responsabilidad de quienes callan por conveniencia, cálculo o cobardía moral. Cuando la justicia es sustituida por el poder, la injusticia se normaliza.

Por eso el Evangelio no permite neutralidades cómodas. Callar ante una política que empobrece, enferma y mata lentamente no es prudencia: es abandono, y ninguna fe que se tome en serio puede permitirse ese olvido de la justicia.

El abuso en la Iglesia: el problema es el poder autoritario



COMENTARIO A LA NOTA «*COR AD COR LOQUITUR*» DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El abuso espiritual florece allí donde la conciencia no tiene defensa real frente al poder. Mientras esta cuestión no se afronte con valentía, cualquier análisis que se limite al sentimentalismo religioso será parcial.

Sin duda, en ciertas formas de catolicismo cool o guay, promovidas por los sectores más conservadores de la iglesia actual, se hace un uso muy problemático de técnicas de manipulación emocional, que recuerdan el estilo de las sectas o del marketing agresivo. Ahora bien, cuando se examina el problema con profundidad, emerge una conclusión incómoda: el núcleo del abuso en la Iglesia no reside directamente en la manipulación de la intensidad emocional de los fieles, sino, fundamentalmente, en la configuración autoritaria del poder.

Hace ya décadas, José María Castillo advirtió que la relación entre la Iglesia y los derechos humanos era muy ambigua y, en algunos aspectos, claramente antidemocrática y antievangélica. En su análisis recordaba un dato elocuente: de más de un centenar de convenciones y protocolos de Naciones Unidas en materia de derechos humanos, la Santa Sede solo había suscrito apenas una decena. Se constata así el escaso compromiso jurídico formal de la Iglesia católica con un sistema universal de garantías efectivas que impida los abusos.

¿Cómo puede una institución que proclama la dignidad inviolable de la persona mostrarse reticente a asumir plenamente los instrumentos que protegen esa dignidad? La cuestión es, evidentemente, estructural y política.

El Código de Derecho Canónico establece que el Romano Pontífice posee potestad suprema, plena, inmediata y universal, y que contra sus decisiones no cabe apelación ni recurso. *Prima Sedes a nemine iudicatur* («La Primera Sede no es juzgada por nadie»). Desde el punto de vista político clásico, esta configuración se asemeja a lo que históricamente se ha denominado una monarquía absoluta: un régimen autoritario por excelencia, que es en sí mismo un abuso.

En una estructura así, el principio determinante no es la garantía de derechos, sino la sumisión al poder. Aunque existan declaraciones sobre los derechos de los fieles, estos quedan subordinados a decisiones frente a las cuales no hay recurso ni garantías efectivas. Y donde no hay derechos garantizados frente al poder, la conciencia se vuelve vulnerable y el abuso es generalizado y estructural.

El abuso espiritual y de conciencia no necesita necesariamente la manipulación emocional. Necesita asimetría de poder sin control. Necesita que quien ejerce autoridad lo haga en un marco en el que no exista un contrapeso real, independiente y accesible para quien se siente lesionado. Cuando un sistema funciona de modo que las decisiones pueden afectar al trabajo, al

prestigio, a la misión o incluso a la estabilidad personal sin procedimientos transparentes y sin recurso efectivo, se genera un clima de inseguridad estructural. En ese clima prosperan el miedo, la autocensura y el silencio. En definitiva, el abuso en todas sus formas.

En la Iglesia se reconocen algunos derechos, pero siempre condicionados y supeditados a los intereses de la estructura jerárquica. Esa subordinación tiene consecuencias culturales. Quien aspira a permanecer en su puesto o a asumir nuevas responsabilidades sabe que todo depende, en última instancia, de una autoridad sin apelación; por ello tenderá a evitar el conflicto, a no incomodar, a no disentir. La obediencia deja de ser una virtud evangélica y se convierte en una manipulación de la conciencia al servicio de una estrategia de supervivencia institucional. En ese contexto, la libertad interior se debilita y al abuso se facilita.

El problema se agrava cuando la autoridad no es solo administrativa, sino sacralizada. La decisión no se percibe simplemente como un acto de gobierno, sino como mediación de la verdad revelada. En 1990, la Congregación para la Doctrina de la Fe afirmó en la instrucción *Donum Veritatis* que no se puede apelar a los derechos humanos para oponerse a las intervenciones del Magisterio, porque la Iglesia ha recibido la misión de anunciar la verdad. La afirmación plantea una cuestión decisiva: si la verdad se sitúa por encima de los derechos universalmente reconocidos, ¿qué espacio queda para la defensa de la conciencia cuando entra en conflicto con la interpretación oficial?

Durante siglos se justificaron sanciones severas e incluso castigos corporales en nombre de la defensa de la verdad. Hoy nadie defiende tales métodos, pero el principio de fondo —la primacía absoluta de la verdad institucional sobre los derechos personales— sigue formulado en términos que suscitan interrogantes. Cuando la verdad se protege sacrificando garantías, el terreno para el abuso queda preparado.

Jesús formuló una pregunta radical en la sinagoga, según el Evangelio de Marcos: ¿qué está permitido en sábado, hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o destruirla? La tensión entre norma religiosa y vida concreta aparece allí con nitidez. El conflicto fundamental es el que se da entre una institución que antepone dogmas, normas o ritos a la vida de las personas y el Evangelio, que sitúa la vida en el centro.

Si lo primero es la vida y la dignidad de las personas, la Iglesia solo es auténtica cuando está a su servicio. Cuando la institución se protege a sí misma, cuando prioriza su autoridad, su cohesión o su control frente a la protección efectiva de los derechos de sus miembros, la distancia con el Evangelio se ensancha.

En este contexto, centrar el debate sobre el abuso en la manipulación de la emotividad resulta insuficiente como poco, cuando no, manipulador. No constituye el origen estructural del problema. El origen está en la arquitectura del poder, en la ausencia de garantías equivalentes a las que la propia Iglesia reclama para el mundo civil, en la dificultad de apelar, de recurrir, de cuestionar sin exponerse a consecuencias graves.

Una institución que se presenta como referente moral necesita preguntarse con honestidad si su modelo interno de gobierno protege de manera efectiva la conciencia de cada fiel. La credibilidad no depende solo de los discursos sobre derechos humanos en foros internacionales; depende de cómo se ejercen el poder y la autoridad en la vida cotidiana de la Iglesia. Y en este punto resultan evidentes las carencias.

El abuso espiritual florece allí donde la conciencia no tiene defensa real frente al poder. Mientras esta cuestión no se afronte con valentía, cualquier análisis que se limite a las emociones será parcial. El problema se da en el poder, pues cuando no encuentra límites claros, tiende a imponerse. Y entonces el abuso deja de ser un hecho puntual para convertirse en una posibilidad estructural propia de toda organización autoritaria, también cuando esta adopta forma eclesial.

4-3-2026. *José Antonio Vázquez Mosquera.*



Maquiavelo fue un diplomático, filósofo, político y escritor italiano del Renacimiento, nacido en 1469. Escribió varios libros, entre ellos el más famoso, *El Príncipe*, que aún sigue de actualidad.

En el libro, entre los rasgos prácticos de un “buen” político, señala:

Ser un astuto **Manipulador**, que hace uso de los medios necesarios para alcanzar los fines.

Tener **Tenacidad y Astucia** para esquivar obstáculos.

Ser **Amoral**, es decir, debe estar por encima del bien y el mal.

Tener **Ingenio** y carecer de escrúpulos.

Ser **Experto** en saber engañar.

Siempre tiene **razones** legítimas para romper sus promesas.

Por el contrario, el gran humanista **Erasmus de Róterdam**, nacido en 1466, aboga por un gobierno asentado en la justicia, la bondad, la sabiduría, el respeto a la paz y la búsqueda del bien común, que distinguía entre la locura y la arrogancia.

Para Erasmo la astucia es hija de la arrogancia y, en política, la arrogancia solo es desmesura, soberbia y necedad. **Los gobernantes que practican la arrogancia son estúpidos y crueles, y cuanto menos talento tienen, más orgullo, vanidad y arrogancia exhiben.** Pero la necedad nunca camina sola: siempre encuentra a otros necios dispuestos a aplaudirle, como los fabricantes y negociantes de armas, las grandes petroleras, los políticos que buscan poder y dinero, y una Unión Europea lánguida, flácida, indecisa, salvo alguna muy honrosa excepción, que dice claramente **NO A LA GUERRA**, y muchos ciudadanos de a pie que no quieren guerra, y sí quieren vivir de trabajar honradamente con paz y tranquilidad.

Como vemos, estas definiciones de Maquiavelo y de Erasmo le vienen a Trump como anillo al dedo, como a todos aquellos que lo apoyan, aplauden y secundan, que nos llevan a todos, cada día más, a un gran pozo sin fondo, de guerra cruel, terrible y mortífera para cada vez más miles de personas, directas o indirectas, que son víctimas inocentes de una muerte prematura, injusta, llena de sufrimiento y tristeza, y para el cuidado de un planeta que se llena de ruinas, de escombros, de contaminación, de basura por tierra, mar y aire. Donald Trump y todos los manipuladores Maquiavelos que lo secundan parece que sobran de este mundo.

Erasmus decía: “Sólo los necios y desalmados recuren a la guerra”

Y la Iglesia ¿qué?

En otro tiempo, la Iglesia Católica ha utilizado su autoridad para legitimar monarquías absolutas, dictaduras, desigualdades de clases, condenando las legítimas aspiraciones de pueblos y personas oprimidos.

Y ahora ante lo que está pasando en este mundo, no debe contentarse con lamentos y peticiones de paz, sino pasar a la crítica y la denuncia pública de personas e instituciones que distan mucho de la más elemental coherencia con el Evangelio y Mensaje de Jesús de Nazaret, incluso negándose a recibir en el Vaticano a personas cuya vida y comportamiento es una clara contradicción con ser cristiano: no es lo mismo, por ejemplo, recibir a un Pepe Múgica que a un Putin que declara la guerra a Ucrania que es vital para la seguridad alimentaria de África, suministrándole trigo, maíz o aceite de girasol, amenazando de hambruna a millones de personas, sobre todo del África Subsahariana, donde están los más empobrecidos del mundo, por el bloqueo de exportaciones desde el Mar Negro, provocando la escasez de alimentos básicos, y además llegando a duplicar su precio, causando a su vez la carencia y alto costo de fertilizantes, con la consiguiente inestabilidad política y militar, sobre todo en la región del Sahel. Todo como consecuencia de la guerra de Ucrania, que ahora en 2026 con las guerras de Trump y Netanyahu por Oriente Medio, con el petróleo por el medio, aun va a empeorar mucho más la situación, pues ya tenemos las consecuencias en nuestras propias casas y en nuestras vidas, pues se está encareciendo todo para todos: los combustibles, los alimentos, los transportes, los servicios y todo lo que vendrá detrás de sufrimiento, de carencias, de inestabilidad y más guerra, si no se corta de inmediato este fatal proceso.

Por eso, desde nuestra condición de personas humanas y tanto más cristianas no podemos de ninguna manera estar de acuerdo con las opciones políticas que apoyan la guerra, que las tenemos bien activas en Europa y en España. De ninguna manera podemos alinearnos con Donald Trump y Netanyahu y quienes están detrás de ellos, ni con quienes negocian con la guerra, como los fabricantes y traficantes de armas, que convierten el derramamiento de sangre humana en el negocio más abyecto de este mundo.

La primera semana de guerra en Irán decretada por Trump y Netanyahu ya costó 11.000 millones de dólares. El gasto ruso en la guerra de Ucrania ya supera los 200.000 millones y la ayuda internacional a Kiev 270.000 millones. ¿Puede haber algo más absurdo?: gastar tantos millones para matarse, destruir, contaminar...

Iglesia tiene que estar siempre con las víctimas, nunca con victimarios; siempre con los pobres, nunca con los ricos; siempre con los oprimidos, nunca con los opresores; siempre con los débiles, nunca con los fuertes; siempre con los pequeños, nunca con los grandes; siempre con los que sufren, nunca con los que hacen sufrir; siempre con los humildes, nunca con los soberbios; siempre con los de abajo, nunca con los de arriba; siempre con los que menos tienen, nunca con los que más tienen. Siempre con un mundo de justicia, de igualdad, de fraternidad, de amor, de solidaridad, de paz, de bondad, de cuidado de todos y de todo, para la felicidad de todos y de todo.

15-3-2026. *Faustino Vilabril*.



Tanta guerra nos abrumba. Una DANA de sangre humana nos ahoga. ¿Cómo es posible que los mismos seres humanos seamos capaces de producirnos tanto sufrimiento? A estas alturas de la evolución humana, con las tecnologías tan avanzadas que nos aportan tantísima información, ¿no es posible superar los conflictos que nos surgen a través de un diálogo razonable?

Alguien dice que hay guerras no porque existan conflictos, sino por las armas de las que disponen los gobernantes de algunos países. Hay armas gracias a las poderosísimas industrias armamentísticas que, por otra parte, para poder subsistir como negocio necesitan producir nuevas armas para obtener los obligados beneficios. El máximo beneficio es el quid de todo en el sistema capitalista, ¿El fin último de todas las guerras? Probablemente. ¿Serán así de simples las cosas? El reciente ataque de Estados Unidos e Israel a Irán, presentado como una “respuesta preventiva”, ¿se podría interpretar como parte de un **modelo económico en el que la venta de armas juega un papel muy importante**? Puede que sí. Aunque pueda haber también añadidos causales religiosos, étnicos, culturales...

Los personajes implicados en las contiendas también pueden tener su relevancia en el origen de las guerras. Hay egos que transformaron personas en monstruos. A veces puede ser el mismo sistema el que escoge a los protagonistas o da la dirección de la escena. ¿Por qué es presidente Trump y no Kamala Harris? Los que dicen que nuestras democracias son más formales que reales puede que tengan mucha razón. Intuimos, y en muchos casos sabemos, hasta qué punto influye el poder del dinero en la obtención de votos en las elecciones, incluyendo los países democráticos. Los millones que se ponen en juego son incalculables.

En el caso de los EE. UU., tanto para apoyar a los republicanos como a los demócratas. Hay datos publicados. **Les dan para luego recibir.**

Donald Trump es el máximo exponente de la obscena relación entre política y negocio bélico. Su agresiva retórica contra Irán no sólo responde a intereses geopolíticos, sino a la búsqueda de **nuevos contratos y beneficios para las empresas de armas estadounidenses**, como Lockheed Martin, RTX/Raytheon, Boeing o General Dynamics..., que fueron destacados donantes de sus campañas electorales, no directamente, pues está prohibido que lo hagan las corporaciones, pero sí a través de los Comités de Acción Política. Recibieron estas donaciones tanto los republicanos como los demócratas. Cuanto más se prolonga la guerra, mayor es el beneficio de esas empresas.

Figuras muy importantes del ámbito armamentístico apoyaron su camino a la presidencia. De los muchos ejemplos que hay vamos a citar uno: **Stephen Feinberg** que, como se puede leer si buscamos información sobre él, ha sido un donante histórico de Trump (aportando cerca de 3,2 millones de dólares entre las campañas de 2016 y 2020). Es un **inversor multimillonario** a través de su firma de capital privado. Desde marzo de 2025 es el **36.º Subsecretario de Defensa** de los Estados Unidos. Feinberg es el cofundador y exCEO de **Cerberus Capital Management**, empresa de inversión que bajo su liderazgo se enfocó estratégicamente en la industria de defensa estadounidense.

Hay muchas personas y empresas que tienen conexión con el actual presidente de Estados Unidos, que llegaba, dijo, para terminar con todas las guerras y ya vemos en qué acabó. El presidente Trump firmó en diciembre de 2025 la Ley de Autorización de Defensa Nacional, que establece un gasto militar récord de **\$901.000 millones** para el año fiscal 2026 y se ha propuesto elevar esta cifra a **\$1,5 billones** para 2027, lo que representaría un aumento del 50% respecto a niveles anteriores, citando la necesidad de rearmamento en “tiempos peligrosos”. Podemos recordar la presión ejercida por Trump para que los países de la UE eleven al 5% del PIB el gasto en defensa. El Pentágono ha reconocido ante el Congreso de EEUU que los primeros seis días de guerra han supuesto un coste de 11.300 millones de dólares. Todas estas cifras de gasto redundan en beneficios principalmente para las empresas armamentísticas de Estados Unidos.

Así pues, **la solución para la paz desde esta perspectiva del problema parece que es eliminar la industria armamentística**, desmontar en todo el mundo los tratados de comercio de armas y terminar con las puertas giratorias entre gobiernos y empresas. Así, aunque no solo, se fortalecerían las democracias, hoy en algunos casos bastante subordinadas al muy poderoso capitalismo de la fabricación de armas, que es hoy uno de los

negocios más rentables. Las 100 mayores empresas armamentísticas del mundo alcanzaron ventas superiores a los **632.000 millones de dólares** en 2023. Por ejemplo, **General Dynamics**: Registró un beneficio neto de **4.210 millones de dólares** en 2025 (un aumento del 11,3% interanual) con un margen operativo del **10,4%**. Incorporo pocos datos, pero significativos. Se pueden encontrar más muy fácilmente en la red.

¿Cómo no vamos a estar **no sólo en favor del NO A LA GUERRA, sino del NO A LAS ARMAS** como solución para evitar las guerras? Parece que para que el desarme, al menos el nuclear, sea posible habría de ser global, se argumenta. Pues que lo sea. En este tiempo de guerra hemos oído a Rusia recordar a modo de amenaza a Occidente su potencial nuclear. ¿Es que hoy con disponer de armas atómicas puede un país imponerse a otro o es imprescindible disponer de ellas para que te respeten? Trump, y todo el entramado de poder que hay tras de sí, irresponsablemente, parece que ha hecho saltar en pedazos el “orden mundial” y que comenzaremos a regirnos por la ley del más fuerte. Esperemos que así no sea.

El **Papa Francisco** ha reiterado en múltiples ocasiones su rechazo firme a las armas, promoviendo una **cultura de paz y desarme como camino evangélico**. Sus mensajes clave enfatizan que la guerra es una “locura” y que una paz duradera sólo es posible sin armamentos. **León XIV** en su mensaje para la 59ª Jornada Mundial de la Paz (1 de enero de 2026), denuncia la carrera armamentística como “un monstruo devorador de la humanidad” y llama a una “paz desarmada” que **priorice necesidades humanas sobre gastos militares**. Este mismo criterio es el de infinidad de personas que, al margen de creencias, sintonizan con los mejores sentimientos humanos que quieren paz para todos, la paz que es fruto del respeto a los derechos universales de la persona. Contribuyamos todos a divulgar estas ideas que pueden servirnos de lazos de unión que pueden consolidar las buenas relaciones entre gentes y pueblos.

En todos los conflictos **EL DIÁLOGO debiera ser la solución**. Pero no es el camino que algunos políticos poderosos escogen, sin importarles las muchas muertes que sobrevienen al elegir el camino de la guerra, que es el camino de la muerte de muchos que nada tienen que ver con los conflictos que las producen. El bombardeo, atribuido a un misil Tomahawk estadounidense cerca de una base de la Guardia Revolucionaria, causó entre 150 y 180 muertes, siendo la mayoría de las víctimas niñas entre 7 a 12 años y personal escolar. Lo más razonable parece que es seguir diciendo **¡NO AL NEGOCIO DE LAS ARMAS!** y **NO A GOBERNANTES que lo promueven y lo alimentan**.

13-3-2026. *José María Álvarez Rodríguez.*



Para entender el mundo de hoy, primero hay que aceptar una derrota intelectual: la idea de que vivíamos en un orden global estable y predecible era, en realidad, una ficción. Durante décadas, Occidente se convenció de que el bienestar social y la paz eran conquistas definitivas. Sin embargo, ese periodo de calma fue solo un “espejismo” sostenido por circunstancias que hoy se han evaporado.

Para quienes se acercan hoy a esta realidad, es vital comprender qué se rompió. El modelo de globalización de las últimas décadas se basó en un reparto peligroso: el “**cerebro**” se quedó en Occidente (finanzas, diseño y tecnología), mientras que el “**músculo**” (las fábricas y la producción pesada) se envió a Oriente, principalmente a China.

Se nos dijo que fabricar era una tarea secundaria, pero el tiempo ha demostrado el error: **quien fabrica, termina innovando y diseñando mejor que quien sólo mira un balance contable**. Mientras Occidente se “dopaba” con deuda y consumo, China sincronizaba su nación para controlar no sólo el producto, sino toda la logística y la energía que lo sustenta. Hoy, ese desequilibrio ha estallado, y el mundo ha pasado del maquillaje diplomático a una política de intereses crudos.

La guerra en Ucrania, que ya se encamina hacia su quinto año, ha dejado de ser un conflicto regional para convertirse en el símbolo de la fragilidad europea.

La trampa de la lealtad: Europa se ha descubierto como el eslabón más débil, obligada a elegir entre una dependencia total de la seguridad de Estados Unidos o una irrelevancia estratégica.

La desindustrialización acelerada: Al perder el acceso a la energía barata y verse forzada a asumir aranceles y gastos militares masivos, la industria europea está migrando hacia suelo norteamericano. El resultado es paradójico: los aliados de Washington están sufragando, con su propio declive, la reconstrucción industrial de Estados Unidos.

Si Ucrania es una herida abierta en la frontera, el conflicto en Irán iniciado el pasado mes de febrero es un ataque directo al corazón del sistema económico. La operación militar conjunta de Estados Unidos e Israel contra Teherán ha desencadenado una reacción en cadena que ya no tiene vuelta atrás:

El bloqueo del Estrecho de Ormuz: Tras la muerte del líder supremo Ali Jamenei el pasado 28 de febrero y el ascenso de su hijo Mojtaba al poder, Irán ha ejecutado un cierre de facto de la arteria más importante del mundo. Por aquí circula el **20% del petróleo global**.

El caos como arma de supervivencia: Al verse “decapitado” militarmente, el régimen iraní ha optado por la regionalización total del conflicto, golpeando infraestructuras energéticas en nueve países del Golfo. Con el crudo rozando los **120 dólares por barril**, la inflación ya no es una estadística, es un arma de guerra que golpea directamente el bolsillo del ciudadano europeo.

El silencio estratégico de China: Mientras Washington se desangra económicamente en dos frentes simultáneos (Ucrania e Irán), China juega al *Go*: observa cómo su rival se desgasta en un tablero de “ajedrez agresivo” mientras ella consolida su papel como el único actor capaz de ofrecer estabilidad logística a largo plazo.

La simultaneidad de estos fuegos—el barro de las trincheras ucranianas y las llamas en el Estrecho de Ormuz—confirma que el antiguo orden ha muerto. El tablero se ha roto.

Para quien despierta hoy de este espejismo, la realidad es incómoda: la supervivencia de la Unión Europea ya no depende de acuerdos comerciales, sino de su capacidad para recuperar el coraje político. Si Europa no avanza hacia una unidad política y una autonomía tecnológica real, dejará de ser un jugador para convertirse, definitivamente, en el tablero donde las grandes potencias deciden el destino del siglo XXI.

Sin embargo, recuperar el coraje político no debe confundirse con una simple participación en la carrera armamentística o en la competencia por el dominio industrial. El verdadero desafío de esta nueva era no es sólo sobrevivir al choque de potencias, sino **reivindicar la paz como el único activo estratégico sostenible**.

En un mundo donde el capital financiero ha intentado separar el pensamiento de la acción, y donde la producción se ha deshumanizado en favor de rentas inmediatas, la respuesta no puede ser un regreso al autoritarismo de mercado. Hoy, más que nunca, es imperativo **reforzar los poderes públicos** y las instituciones democráticas. Sólo un Estado fuerte, soberano y consciente de su responsabilidad social puede actuar como escudo frente a las turbulencias globales, garantizando que el coste de estas crisis no recaiga, una vez más, sobre los hombros de los más vulnerables.

La unidad europea debe cimentarse sobre un principio irrenunciable: el **trato igualitario y la erradicación de la explotación**. No se trata sólo de fabricar nuestros propios chips o asegurar nuestro suministro energético; se trata de construir un modelo donde la tecnología y la producción sirvan a las personas, y no al revés. Frente al ajedrez agresivo y el cerco estratégico, Europa tiene la oportunidad—y la obligación moral—de proponer un tercer camino: el de una **prosperidad compartida** donde la dignidad humana no sea sacrificada en el altar de la hegemonía global.

El espejismo ha terminado, pero lo que construyamos tras el despertar debe ser, por fin, una realidad sólida, justa y, sobre todo, humana.